



En la feliz idea de crear paisajes ya sean documentados, interviniendo en ellos o como proceso de investigación, se adentra Miguel Ángel Moreno Carretero (El Carpio, Córdoba, 1980) para intentar preservar el medioambiente de los excesos masivos a los que lo sometemos. Para él la idea de camino, viaje o todo lo que va apareciendo ante los ojos de un atento *flâneur* puede convertirse en hecho artístico. Así, muchas de sus piezas o imágenes fotográficas parten de sus recorridos en coche o caravana, y lejos de registrarse de manera pictorialista, esa sucesión de imágenes que se suceden a toda velocidad, por la rapidez del trayecto, son atrapadas con una rotundidad tan plástica y categórica que hace dudar de si lo visto es una escultura pública o tan sólo es una publicidad escultórica.

YA SEA VÍA DOCUMENTAL O VÍA ESCULTURA Miguel Ángel registra todos esos anuncios y publicidad que engalanan el entorno paisajístico valiéndose del juego de escala, porque el artista juega una y otra vez con los hitos publicitarios que jalonan los bordes del camino. En muchos casos, son reproducidos vía *collage* a escala menor haciendo que parezcan escenarios de juguete, teatrillos contemporáneos o embalsamados suvenires de alguien que los colecciona de manera compulsiva porque son la vía

MIGUEL ÁNGEL MORENO

AL BORDE DE LA CARRETERA

TEXTO **Fátima Otero.** Crítica de Arte

perfecta para criticar una idea de paraíso perdido o ironizar y bromear sobre la representación actual de un paisaje convertido en territorio de lucha y colisión económica y financiera. Sin duda, un trabajo crítico al consumismo contemporáneo.

LA NATURALEZA ES UNA CONSTANTE EN SU PRODUCCIÓN, y la propia mirada del artista capaz de ver el arte en elementos que en principio no son artísticos y que su simple poso de vista cambia de categoría aunque sea a un estatus de naturaleza un tanto *kisch*. Ese efecto es un antojo personal del creador que remarca con chirriante color su trabajo de corte populista.

El extrarradio, los alrededores, todo lo que va surgiendo al mirar por una ventana puede ser arte por la mera voluntad

del artista, en un propósito de genealogía duchampiana que pliega el objeto cotidiano a sofisticadas necesidades conceptuales. Donde el desecho se puede transformar en algo nuevo, donde las mejores respuestas se pueden encontrar simplemente en la manera espontánea de hacer las cosas, pegando con cola elementos creados por la sociedad de consumo, incluso descubiertos en establecimientos de todo a cien, pero eso sí, aderezado con fuertes dosis narrativas, estética pop, carga crítica y mucho sentido de humor.

Su trabajo tiene mucho de juego y diversión. De hecho, se divierte con objetos cotidianos y ordinarios como una simple cantimplora a la que después de añadir pintura pasa a ser campo de fútbol. Es decir,

con la idea de crear escenarios soñados o anhelados y, en definitiva, espacios felices. Puede intervenir una corbata de manera metafórica para sistematizar de manera plástica la situación del ciudadano medio ahogado con su hipoteca hasta el cuello.

TODAS ESTAS OBRAS QUE CHORREAN COLOR Y ALEGRÍA no dejan de esconder graves interrogantes como la destrucción del entorno y la especulación urbanística. La resolución formal de las piezas de Carretero puede parecer banal, hasta de mero chiste u ocurrencia, pero el arte contemporáneo ha demostrado sobradamente que muchas veces puede ser mucho más eficaz y consecuen- te sumando elementos muchas veces adquiridos en tiendas de

bricolaje que ideando objetos con los antiguos materiales tradicionales nobles barajados por la escultura tradicional.

Carretero sabe idear frescos artilugios, infinitas bolas de colores lanzadas al viento o sus conocidas nubes móviles. Aquellas vistosas gominolas rosas que todos saboreamos en nuestra infancia pueden ser un habitáculo feliz y hasta habitable que puede animar hasta a la propia naturaleza y a todos los que se crucen ante semejante artefacto tan seductor. Todo depende de la mirada del observador, del que se apunte al entretenimiento o el que, por el contrario, lo niegue a un territorio vedado y de uso exclusivo para el hecho artístico.

INVENTA CON ELLO UNA ESPECIE DE NUEVO LAND ART. Es un arte que reinterpreta y asume experiencias anteriores conocidas de la comunidad artística como Hooper, Perejaume o Richard Long, tiene mucho de original y fresco. No en vano su obra ha sido galardonada y premiada por lo que aporta, por ese grano de arena a la concepción del hecho paisajístico. El paisaje como motivo, como recuerdo y vivencia de sus raíces, de un artista que se siente de pueblo, de comunidad sincera, noble y sencilla que se atreve a valorar el espacio en el que se crió, que es capaz de registrar trabajos tan ordinarios como la mera construcción de un pequeño campo de fútbol, que se hace sofisticado por la concepción que le imprime Carretero de hacerlo asimilable como forma artística.

En un lago puede instalar de forma permanente un objeto tan inesperado como una pajita gigante, de esas que acompañan a un buen refresco. Y es ahí como en otras intervenciones en el paisaje donde intenta establecer un nivel de interacción y diálogo con el público, aunque muchas de esas intervenciones pueden pasar desapercibidas o no entendidas. Es el caso de esa genialidad, una sencilla pajita en el territorio como metáfora de elemento succionador del hecho paisajístico de manera extenuante.

Al borde de la carretera se suceden variados hitos publicitarios. Muchos pueblos anuncian sus paradisíacas piscinas, o ¿son las piscinas de Miguel Ángel Moreno Carretero puestas al borde de la Carretera? Tal vez se lo aclare la exposición *Mecanismos inconscientes del horizonte* de la compostelana galería Trinta, que aconsejamos visitar.